

Yo que de amor blasfemé  
Y en la mujer no creí  
Al ver tus ojos clamé:  
¡Señor, ten piedad de mí!

Ya se me acabó el ocote,  
¡Qué desgraciada fortuna!  
¿Para qué queremos luz,  
Habiendo una hermosa luna?

*A cenar, pastelitos y empanadas, pasen niñas á cenar.*

Has estudiado ya al pastelero, y sólo te queda por examinar, caro amigo, otro tipo tan digno como él de tu atención, y es el turroneo. Precisamente lo oigo cantar en estos momentos en la esquina del callejón de Mecateros. Sígueme, que poco hemos de alcanzar de su cantinela, y en efecto, al acercarnos á el, sólo escuchamos lo que sigue:

*Al buen turrón de almendra, entera y molida, turrón de almendra.*



En la calle del Reloj  
Le dí cuerda á mi fortuna,  
Porque el hombre muy tunante  
No se conforma con una,  
Siempre quiere tener dos  
Por si se enojare alguna.

A una niña en el portal  
Le expresé mi sentimiento  
Y por medio que le dí,  
Me dijo que era yo hambriento.  
¿Cómo quiere le dé más  
Mirando como está el tiempo?

*Al buen turrón de almendra, entera y molida, turrón de almendra.*

\* \* \*

Nos hallamos como ves, querido amigo, en la entrada del largo y muy estrecho callejón de Mecateros, que da principio en el Empedradillo y va á desembocar en la Calle de San José el

Real, frente de la portería del extenso Convento de los P. P. del Oratorio ó La Profesa. Diósele nombre del Arquillo al principio, porque en su entrada tenía un pequeño arco de mampostería, y cambió su denominación por la de Mecateros, con motivo de haberse establecido en él mercaderes de artefactos de pita, como cuerdas, costales, mecapales, etc. Si vienes á este lugar por la mañana, verás á manojos los mecates pendientes de los marcos de las puertas de cada accesorio, como muestras del especial comercio. Crúzase este callejón con el de la Alcaicería, que da principio en la 1ª calle de Plateros, y termina en la de Tacuba, hallándose hacia el cruzamiento, por el lado de San José el Real, dos pequeñas manzanas limitadas, la de la derecha, por los Callejones de la Cazuela, que forman una rinconada, y la de la izquierda, de idéntica manera, por los de la Olla. Todo este conjunto de seis manzanas y seis estrechos callejones, fué construido, con el nombre de Alcaicería, para servir de mercado interior, á imitación del de sedas de Granada, con tiendas, almacenes y patios en las seis manzanas, lo que no tuvo efecto. (\*)

(\*) Después de la ampliación del Callejón de Mecateros y del de la Alcaicería, por la parte que corresponde á Plateros y de la destrucción del Convento de la Profesa y de una parte del de Sta. Clara, este lugar de la Ciudad cambió de aspecto, según se observa en los siguientes grabados.



CALLEJÓN DE MECATEROS.

Penetramos en interminable callejón de Mecateros, cuya lobreguez apenas puede disipar la hermosa luz de la luna y observemos lo que pasa en esa esquina que el primer tramo de dicho



AVENIDA DEL CINCO DE MAYO Y TEATRO NACIONAL.

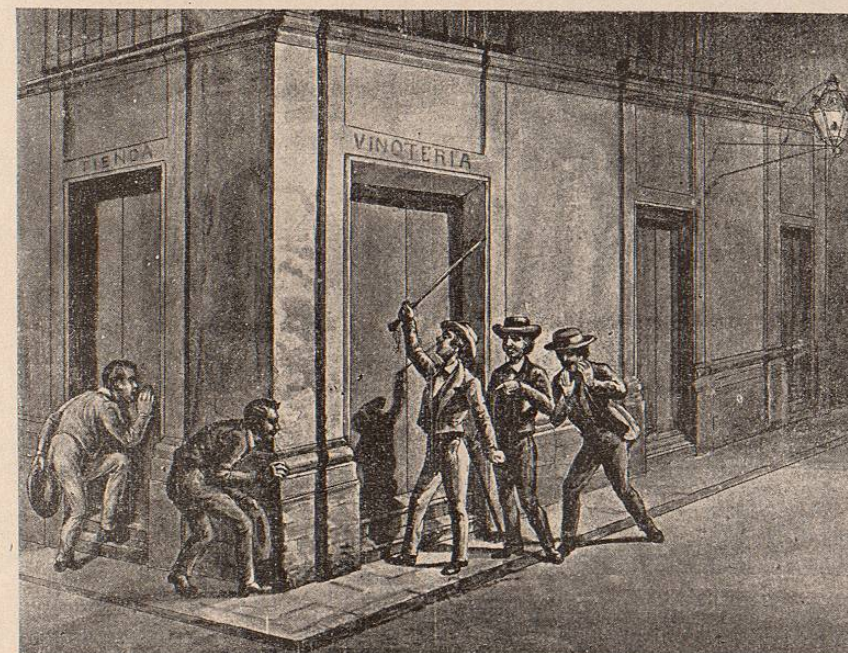


SEGUNDA CALLE DE LA PALMA.

callejón forma con el segundo de la Alcaicería.

Un grupo de jóvenes decentes se ocupan en algo que yo adivino y deseo no pierdas de vista, pues se trata de una escena que ha de cau-

á la tienda con los demás á fin de tomar algunas copas. En tanto que el engañado habla, el que se halla del otro lado, ó sea el tunante engañador le contesta acercando la boca á la aber-



sarte á la vez sorpresa y diversión. En esa esquina se halla establecida una tienda, desamparada de noche, cuyas puertas dan, una al callejón de Mecateros y otra al de la Alcaicería; en la primera está el grupo de jóvenes que excitó nuestra curiosidad, y en la segunda uno

tura que dejan libre el quicial de madera y el marco de cantería de la puerta, lo que hace creer al primero que la voz que le replica le llega del interior de la tienda. Tal es la escena en que se hallan actualmente y escucha con atención el diálogo entablado:



—Abra usted pronto y véndanos unas copas de Jerez.

—Ya está usted muy borracho, váyase á su casa y déjeme dormir.

—No sea insolente; si no quiere vender sus bebitrajos, ronque hasta que le chifle el guarda.

—Váyase á dormir la mona, briago de Satanás, y déjeme en paz.

—El briago lo será usted, y además sin vergüenza y ladrón.

—Lo de ladrón lo dirá por el rapto de su hermana.

—Si es hombre haga coraje y salga para que le mida las costillas con este bastón.

—Lo que usted sabrá medir será el forro de sus enaguas.

—Vaya usted y muela á . . . quien quiera.

—Vaya usted y muela á la suya.



EL SERENO.

En tanto los compañeros que veían acercarse al guarda atraído por el escándalo y los fuertes bastonazos dados en la puerta, terminan la broma, diciéndole al ya bastante encolerizado amigo:

—Cálmate, hombre, y no te precipites que mañana vendremos á castigar al insolente. Ya

que no ha querido abrirnos la tienda, vámonos al café del "Cazador."

La escena que has observado, que implica una chanza muy pesada, se conoce con el nombre del "Vinatero," ó *D. Gregorito*, chanza que alguna vez ha tenido consecuencias desagradables por las cuestiones sostenidas entre la víctima del bromazo y el dependiente de la tienda á quien se le exige satisfacción por ofensas que no ha inferido.

En efecto, al día siguiente, el burlado joven, desde muy temprano, échase á buscar á sus compañeros para ir con ellos á armar camorra á *D. Gregorito*, el de la tienda, mas como es de esperarse, á ninguno de aquellos tunantes sus amigos, halla en su casa, resolviéndose, por tanto, á dirigirse sólo al lugar en que recibió la ofensa, sosteniéndose entre él y el tendero el siguiente diálogo:

—¿Es usted *D. Gregorio*?

—No señor. Yo soy *Policarpo Domínguez*, para servirle.

—¿Quién es, pues, *Don Gregorio*?

—Aquí ninguno hay de ese nombre.

—Entonces, ¿quién fué el insolente que me insultó anoche?

—¡Ah! ya caigo en la cuenta. ¿Es usted de México?

—No señor, de *Huajintlán*.

—Pues por eso.

—¿Cómo por eso? Se burla usted de mí?

—Cálmese usted y estéme atento. Acérquese á esa puerta (señalándole la de la Alcaicería) y observe cómo se encuentra el quicial de madera con respecto al marco de piedra.

—Muy separado.

—Pues bien, si estando cerrada esa puerta así como esa otra (señalándole la de Mecateros) en la que usted se encuentra. ¿Cómo percibirá la voz del que le habla desde la otra?

—¡Ah, tunantes! exclama el engañado joven, cayendo en la cuenta y echando á correr, confuso y avergonzado.

\* \* \*

Las once han dado en el reloj de la Catedral, hora prudente para retirarnos á nuestras casas, mas es tan agradable el ambiente que se respira y tan espléndida la luz de la luna, que nos sentimos inclinados á no dar por ter-

minada nuestra excursión nocturna y, por tanto, te invito á visitar, por último, el café del *Cazador*, que nos proporcionará buenos temas para nuestra conversación.

Terminada la extensa acera del *Empedradillo* y pasada la bocacalle de la primera de *Plateros*, nos internamos en el portal de *Mercaderes* y, á poco andar, frente á los arcos 4º y 5º, se nos presentan las dos puertas del famoso café del *Cazador*, frente del cual pasamos la otra noche. El establecimiento es uno de los más antiguos de la capital y el cual, por ciertos signos cabalísticos que en él advierto, puedo asegurarte, querido amigo, que dejará de existir por el año del Señor de 1901. De sus dos puertas, una es la practicable, pues la otra tiene fija su vidriera. Ni por la exigua extensión de la sala, ni por su menaje, reducido á unas cuantas mesas, bancas y sillas, ni por la escasa luz que emiten algunos aparatos de espíritu de trementina, puede el local competir con los de la *Bella Unión*, *Bazar*, *Progreso* y *Teatro de Santa-Anna*.

Instalados en la mesa cercana á un cuartucho que amplía, un tanto cuanto, el local por su fondo, observamos á los concurrentes que excitan nuestra curiosidad por sus heterogeneas agrupaciones. Por aquí se ve una formada de empleados del Gobierno, por allí otra de tinterillos y agentes de negocios, entre los que suele hallarse algún escribano y, por último, rodeando la mesa contigua á la vidriera de la puerta, la constituida por militares retirados y en actual servicio. Por el tono y fuerza de la voz que emplean los concurrentes, en sus conversaciones, y con el auxilio de nuestra excepcional perspicacia, podemos advertir si las pláticas versan sobre asuntos indiferentes, sobre negocios que traen entre manos ó sobre los palpitantes temas de la política.

Los de la segunda agrupación poco ó nada dejan percibir de su discusión, respecto á sus intriguillas judiciales, mas los de la primera y tercera no se cuidan, poco ni mucho, de exponer sus opiniones. La asonada de *Guadalajara* contra el *Gobernador López Portillo*, convertida en una revolución general, que proclama á *Santa-Anna*, es el tema de la discusión, en la que unos aprueban la caída de *Arista* y otros rechazan á *Santa-Anna*, á quien, para sus fines dictatoriales, le allanó el camino, *D. Juan Bau-*

*tista Ceballos*, con su famoso golpe de Estado. Si estos acontecimientos, con sus numerosas peripecias de pronunciamientos y combates sucesivos, defecciones y medidas impolíticas como la supresión de la libertad de imprenta, dan motivo para contrarios pareceres, todos están de acuerdo, empleados y militares, en el punto concerniente á la renovación del gobierno por otro, sea el que fuere; animados los empleados, por la esperanza de que cesen los exiguos y crónicos prorratesos á que están sujetos, por la pobreza del *Erario*; y deseosos los militares de sacar partido de su colaboración, activa ó pasiva, en la revolución, que dé por resultado la caída del Gobierno. Has de saber, lector amigo, que en el local en que nos hallamos se han fraguado no pocas revoluciones.

La cantina cerca de la cual nos hallamos, trae á mi memoria una historia que parece cuento, de la que te impondré, mientras saboreas esa excelente mezcla del *Tabasco* y *Socunusco* que en tazas de porcelana ha puesto el mozo sobre la mesa.

\* \* \*

Obligado estoy á referirte, bondadoso amigo, un suceso que tuvo efecto durante una cuaresma, hace algunos años, de cuya fecha exacta, aunque quiero, no puedo acordarme. Los actores fueron varios jóvenes troneras y un pobre hombre que prestaba sus servicios en el Café, siendo el *Convento de San Francisco* el lugar elgido por aquéllos para la cómica escena que iban á representar.

Calaveras que hayan causado daño al prójimo en particular, y á la sociedad en general, siempre los ha habido; mas es preciso convenir que éstos de que trato deben aventajar por su ingenio y gracia, á los venideros.

Pepe el tuerto, pues tenía un ojo apagado, llamaban al expresado sirviente del *Cazador*, quien por su carácter oficioso y jovial, había-se hecho acreedor á la confianza de los susodichos troneras, muy temibles en toda la ciudad por sus sempiternas travesuras, siendo el jefe de esa cuadrilla de jóvenes alegres, uno que por su intrepidez ha alcanzado alta graduación en el ejército nacional y que con su último atrevido ataque, en *Noviembre* del año pasado, contra los pronunciados de *Guadalajara*, salió levemente herido. Una de esas trave-



suras fué por cierto la que llevaron á cabo con aquel individuo del ojo eclipsado, y al efecto embriagáronle cierta noche, condujéronle á una barbería é hicieronle afeitar y abrir cerquillo por el barbero, y después pusiéronle el sayal y capilla de franciscano, con todo lo cual quedó convertido en uno de los hijos del Seráfico Padre.

Entretanto, la fuerza de la mona habíale cedido un poco al desventurado hombre, y así, pudiéronle conducir entre dos de aquellos jóvenes calaveras, sosteniéndole por los brazos para ayudarle á caminar, aunque con vacilantes pasos, en dirección del Convento de San Francisco.

A los fuertes aldabazos que en la portería del monasterio daban los troneras, preguntaba por la parte de adentro el hermano portero:

—¿Quiénes llaman á estas horas (eran las doce de la noche), turbando el sosiego de esta Santa Casa?

Unos que traen á un religioso enfermo.

—No sé quién pueda ser ese religioso, replicó el hermano portero, pues ya todos los del Convento se hallan recogidos en sus celdas.

—Abra pronto, hermano, dijeron los de afuera, porque el caso es apurado en virtud del mal estado en que se encuentra este pobre religioso, á quien la falta de pronta asistencia puede causar la muerte, y tal desgracia recaería sobre vuestra conciencia, Padre.

—Yo no abro, contestó éste, si no me lo ordena el Padre Guardián á quien voy á dar parte inmediatamente.

A poco volvió el hermano portero en compañía del Superior, quien precavidamente dirigió sus miradas hacia afuera por el ventanico de la puerta y cerciorado de que entre aquellos individuos había efectivamente un religioso, mandó abrir aquélla, permitiendo la entrada en el Convento á la turba de calaveras que conducían al beodo de Pepe el tuerto, que apenas podía mantenerse en pie.

Lleváronle á una celda, pusiéronle sobre un catre y le abandonaron á los cuidados del custodio del Convento.

Muy pronto hubo éste de descubrir que ninguna enfermedad aquejaba al religioso, sino una magna borrachera, por lo cual creyó prudente aplazar la reprimenda para cuando aquélla se hubiese disipado; así es que cerró la

puerta de la celda y se retiró á su habitación, dejando entretanto á Pepe el tuerto dormir la mona.

Ya puedes imaginarte, querido amigo, el sobresalto de aquel desgraciado al despertar, viéndose encerrado en la mística estancia y vestido de franciscano; al tocar con sus manos el sayal, la tonsura circular, y, sobre todo, al ver delante de sí al Padre Guardián que con un tono severo le reprendía, lanzándole textos latinos, los que sólo servían para aumentar más su confusión. Observando el P. Guardián que el idioma de Horacio no hacía mella en el calétre de aquel desventurado, continuó diciéndole en el de Cervantes:

—Ya sabéis, hermano, que por nuestras constituciones os está vedado el vino, y debéis tener presentes “las penas á que están sujetos “los que se hallaren defectuosos en beberlo, “dentro ó fuera de la casa, sin grave necesidad; si fueren sacerdotes, no sean hechos “prelados; si fueren coristas, no sean ordenados de orden sacro; si legos, traigan tres meses caparón.”

—¿Pero quién soy yo, interrumpió Pepe el tuerto, para que así me hable su Paternidad?

—Eso es lo que yo os pregunto ¿quién sois? ¿A qué convento pertenecéis?

—Yo no pertenezco á Convento alguno, sino á la cantina del Cazador.

—Parece que os burláis ó que aun no estáis en vuestro juicio.

—Es verdad, Padre, no estoy en mi juicio ni sé lo que me pasa, mas suplico á Su Reverencia se sirva mandar preguntar al Cafe del Cazador por Pepe el tuerto; si contestan que no está allí, ese Pepe soy yo, y si dicen que se encuentra en el establecimiento desempeñando su oficio, en ese caso, padre, no sé quién soy.

El Padre Guardián no pudo menos, en esos momentos, que reirse; comprendiendo, al fin, la burla que se les había jugado, quitóle al pobre hombre el hábito é hizo llamar á un barbero para que acabase de trasquilar aquella cabeza, y así, mondo y lirondo, pudo volver á su cantina el bueno de Pepe el tuerto, renegando de su amistad con aquellos troneras.

Es de presumir que el autor de esta travesura tuvo por inspiración, para llevarla á cabo, el precioso cuento de Tirso de Molina: “Los tres maridos burlados.”



## NOCHE DE LUNA OFICIAL.

Aspecto tenebroso de la ciudad.—El coche Simón.—Baile en la Lonja.—Alarma por un asalto infundado de ladrones.—Los Serenos.

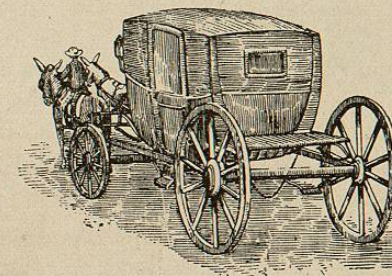
A mi distinguido amigo D. Rafael Angel de la Peña.

POR tercera vez me veo en tu amable compañía, carísimo amigo, y dispuesto como siempre á servirte de guía en tus paseos por la Ciudad, sintiendo solamente que esta noche sea una de aquellas llamadas irónicamente de luna, siéndolo tan sólo para los gatos de azotea y las lechuzas de los campanarios.

En virtud de la santa economía, cuando la luna, la castísima luna, apenas se presenta en las regiones celestes con el aspecto de una tajada de melón, nuestro ilustre Ayuntamiento ordena y manda que los aparatos de Bagalliesen de funcionar y que las candilejas de los barrios reserven su aceite, para noches más venturosas y de menos peligro para la inocencia.

Mas quieras ó no quieras, hemos de salir esta noche, jueves 14 de Julio del año del Señor de 1853, á fin de asistir al espléndido baile de la Lonja. Vestidos de rigurosa etiqueta y con el sobretodo al brazo, á causa de la temperatura estival de que gozamos, salimos á la calle. La luna, que apenas ha llegado al cuarto creciente, sólo ilumina con su tenue luz los cuerpos superiores de los edificios en determinadas aceras, dejando sumergidos en las tinieblas los ámbitos de las calles. Vémonos obligados, para evitar testaradas, á las que estamos expuestos, deslumbrados por aquella faja blanquecina de moribunda luz, á caminar despacio y casi á la ventura, tanto que creo prudente esperar el paso de algún coche de sitio que

la suerte nos depare para llegar á la Lonja sanos y salvos, ó por lo menos sin desperfectos en los vestidos, y al mismo tiempo para evitar el desagradable encuentro de ciertos carros que son y serán, tal vez, por todo el presente siglo, el desdoro de la Municipalidad. Allá viene con



sus faroles encendidos un simón de sopandas, con el cochero montado en la mula de mano, conjunto típico de la época virreinal. A falta de una carretela con pescante como las hay generalmente, y en virtud de venir sin carga ese simón, montamos en él y ordenamos al cochero que nos conduzca á la esquina del Palacio Municipal. Tanto el cochero como el simón, son objetos de nuestra atenta curiosidad. Es aquél un hombre de mediana estatura y de compleción robusta y como todos los de su clase, muy afable al ofrecer su carruaje y demasiado disputante al cobrar la paga. Su traje consiste en camisa sin corbata, chaqueta de lienzo blanco, pantalón de casimir sujeto á la cintura por un ceñidor de estambres de colores,